

San Pedro se cerraron con la expulsión de los jesuitas. El Seminario prestó desde entonces importantes servicios en el ramo de la instrucción pública, porque al menos enseñó á pensar á la juventud con el estudio de la Filosofía, á pesar de las obras defectuosas que servían de texto.

No será esta la última vez que nos ocupemos de este colegio, porque las diversas vicisitudes que experimentó hasta su clausura definitiva, están íntimamente enlazadas con sucesos muy importantes de nuestra historia.

CAPÍTULO VI

1761

Gobierno de D. José Crespo y Honorato.—Jacinto Canek.—Su carácter.—Incita á los indios á rebelarse contra los españoles en el pueblo de Cisteil.—Se inicia la insurrección con el asesinato de un comerciante.—El capitán Cosgaya ataca á los rebeldes.—Es derrotado y muerto con varios de sus soldados.—Medidas que adopta el gobernador.—Confía el mando de las fuerzas á D. Cristóbal Calderón.—Los indios son derrotados sucesivamente en Cisteil, Huntulchac y Sibac.—Temores infundados de que la sublevación sea general.—Alarmas en Mérida.—Prisión de Canek y de sus cómplices.—Ejecuciones sangrientas.—Reflexiones.

El 4 de abril de 1761 tomó posesión del gobierno y capitania general de la provincia el brigadier de los Reales ejércitos D. José Crespo y Honorato. Era un hombre ya anciano y achacoso cuando se hizo cargo de su destino; pero estaba dotado de cierto valor personal y de mucha energía, como lo acreditó bien pronto en uno de los sucesos más notables acaecidos en la Península durante la dominación española.

Hemos dicho en el capítulo anterior que las reformas acordadas en el sínodo diocesano de 1722 habían sido reprobadas sucesivamente en la Real Audiencia de México y en el Consejo de Indias, y que con este motivo se habían restablecido poco tiempo después en la provincia los repartimientos y otras gabelas que pesaban sobre la raza conquistada. Esta reacción produjo, naturalmente, en el indio

un fuerte disgusto, y como otras muchas causas, apuntadas en las páginas de esta historia, le hacían aborrecer profundamente el dominio español, un vago deseo de intentar su emancipación se apoderó de su ánimo. Es verdad que este pensamiento se había transmitido de generación en generación desde los días luctuosos de la conquista, y que había sido puesto en práctica varias veces en el transcurso de dos centurias. Pero las derrotas que constantemente habían experimentado los sublevados; la carencia de armas, y el hambre y la peste que de tiempo en tiempo se habían cebado con especialidad en los descendientes de los mayas, habían enervado las fuerzas de éstos, obligándolos á aplazar para un tiempo indeterminado su venganza.

El rechazo que en la Colonia y en la Metrópoli tuvieron las constituciones del obispo Parada, ¿hizo que los indios tramasen una conspiración para sacudir el yugo que pesaba sobre ellos? No nos atreveremos á afirmarlo, porque no hay constancias, dignas de todo crédito, que lo aseguren positivamente. Pero es indudable que predispuso los ánimos para aprovechar la primera coyuntura que se presentase. Así lo prueba, al menos, una rebelión que estalló en el antiguo territorio de los Cocomes, y en que, si no hubo premeditación, encontró prontamente un eco favorable en la mayor parte de la Península.

En la época á que ha llegado nuestra narración, vivía en el barrio de Santiago, de Mérida, un indio llamado Jacinto, que ejercía el oficio de panadero. Se ignora el verdadero apellido que tenía, porque el de Canek, con que es conocido en la Historia, le fué dado en los últimos días de su vida, con el motivo que no tardará en ver el lector. Era natural de Campeche, aunque por circunstancias que se ignoran había sido recogido desde sus primeros años por un religioso franciscano y conducido al convento grande de Mérida. Aquí fué educado por su protector, y aun se dice que estudió latín y algo de sùmulas y teología moral en las cá-

tedras de los frailes. Se asegura además que también conocía la historia de la conquista del país con todos sus detalles, lo cual nada tendría de inverosímil, puesto que en la biblioteca del convento debían existir ejemplares de la primera edición de Cogolludo, y aun manuscritos preciosos, que desgraciadamente se han extraviado.

Si el camino de los honores y dignidades hubiese estado abierto, como ahora, á todas las clases de la sociedad, acaso Jacinto, con la mediana educación que había recibido, se habría dedicado al sacerdocio ó á cualquiera otra carrera que satisficiera á sus aspiraciones. Porque, lejos de ser un hombre vulgar, estaba dotado de pasiones enérgicas, entre las cuales descollaba la ambición. Pero perdida toda esperanza de salir de su esfera, se entregó á todo género de vicios, como generalmente sucede á todas esas naturalezas ardientes y apasionadas, que no tienen otro campo donde desarrollar su energía. Parece que su conducta llegó á ser tan escandalosa, que los frailes se vieron en la necesidad de arrojarle del convento. Jacinto, obligado entonces á vivir de su propio trabajo, ensayó varios oficios con mal éxito, hasta que hubo de fijarse en el de panadero, aunque sin abandonar por eso sus vicios, á los cuales se sentía arrastrado por una fuerza irresistible (1).

Hay en este país una clase de fiestas, de que ya hemos hablado, y que forman la delicia de la multitud, y especialmente de los holgazanes y calaveras de todo género: las fiestas que en cada pueblo se celebran anualmente en honor del santo patrono. No sólo concurren á ellas los vecinos del lugar, sino también los de las poblaciones inmediatas, y aun de las que están situadas á considerable distancia. El *blanco* oye misa, va á los toros, juega, baila y enamora, el indio enciende su vela al santo con una mano, y con la otra se lleva á los labios el vaso de aguardiente.

(1) SIERRA, *Consideraciones sobre el origen, etc.*

Los desórdenes son muy frecuentes en todo el tiempo que dura la diversión, y mucho mayores debían de serlo en aquella época, en que por lo general estaba prohibido á los españoles acercarse á los pueblos de los indios.

En el mes de noviembre de 1761 se celebró una fiesta de este género en el pueblo de Cisteil, situado en el territorio de Sotuta. Jacinto concurrió á ella, abandonando con este motivo la panadería en que trabajaba. Bebió á su sabor durante la fiesta, y luego que ésta hubo terminado, asistió con los vecinos del lugar á la *conjunta* (2). Allí propuso que los gastos que se estaban acordando para la fiesta venidera, que aun estaba muy lejana, se destinasen para prolongar la actual, que tocaba ya á su término. La proposición debió haber sido aceptada por todos los concurrentes, porque la borrachera de los indios se prorrogó por espacio de tres días consecutivos.

En el calor de la orgía vinieron sin duda á la memoria de Jacinto los hechos de la conquista que había leído, y los excesos que los españoles cometían con la raza conquistada. Entonces tomó la palabra y arengó á sus compatriotas con energía y vehemencia. Les habló del rigor con que eran tratados por los jueces; del tributo oneroso que pagaban al rey y á los encomenderos, y de la indiferencia con que los curas y los frailes miraban á sus feligreses de la raza indígena (3). Disertó largamente sobre estos tres puntos, para halagar las pasiones de su auditorio, y acabó por incitarle á que se rebelase para sacudir el yugo español. Acaso encontró de pronto alguna resistencia en los menos beodos, porque se vió en la necesidad de hacer al-

(2) Dase en el país el nombre de *conjunta* á una reunión que celebran los devotos del santo patrón, luego que termina su fiesta, para acordar los gastos de la del año próximo.

(3) Relación hecha al Cabildo eclesiástico por el prepósito de la Compañía de Jesús, acerca de la muerte de Jacinto Canek y socios, *Registro Yucateco*, tomo IV.

gunas promesas sobrenaturales á los que tomasen parte en la lucha, y les aseguró que tenía minada toda la provincia.

No se necesitaba, sin embargo, tanto para decidir á unos hombres que, según hemos dicho, estaban exasperados con motivo de haber sido reprobadas las constituciones del obispo Parada. Los vapores de la embriaguez les impidieron ver el riesgo en que se ponían, desafiando el poder de los españoles, y se declararon en abierta rebelión. Imposible sería ahora averiguar cuál fue el verdadero plan de los rebeldes, aunque entonces se dijo que consistía en asesinar á todos los blancos, reservándose únicamente á las mujeres para saciar su concupiscencia. No era del todo infundada esta sospecha, porque un mercader ambulante, llamado Diego Pacheco, acaso el único español que había quedado en Cisteil después de la fiesta, fué asesinado miserablemente y despojado del aguardiente que llevaba. Quizá el haberse negado á vender su mercancía ocasionó su muerte; pero los sucesos posteriores vinieron á demostrar que los rebeldes no se hallaban dispuestos á dejar con vida á ningún español que cayese en sus manos.

En los momentos en que se verificaba este asesinato, poco antes ó poco después (4), se presentó en Cisteil el presbítero D. Miguel Ruela, que era teniente de cura del pueblo de Sotuta. Ignorando completamente lo que acontecía, pasó á la iglesia, revistióse el traje sacerdotal y comenzó á

(4) Cuatro son los documentos que tenemos á la vista, relativos al suceso de Cisteil: una especie de diario, publicado en el *Museo Yucateco*; una relación impresa en el tomo I del *Registro*; una declaración hecha al Cabildo eclesiástico por el prepósito de la Compañía de Jesús, y una nota atribuida, con razón ó sin ella, á D. Pablo Moreno. Los tres primeros documentos son contemporáneos al hecho, y aunque difieren en algunos pormenores insignificantes, están conformes en los principales detalles. En cuanto á la nota atribuida á Moreno, fué evidentemente escrita á principios del siglo actual, y niega redondamente la sublevación. Ya nos ocuparemos más tarde de este último escrito.

decir una misa. Hallábase todavía á la mitad de la ceremonia, cuando un grupo de rebeldes invadió el templo, con la intención acaso de asesinarle. Llamóle fuertemente la atención que armasen tanto estruendo en un lugar que acostumbraban respetar, y habiendo comunicado su asombro al sacristán, éste le dijo entonces que todo el pueblo estaba sublevado. El sacerdote concluyó precipitadamente la misa, desnudóse de su traje de ceremonia y, sea que el sacristán hubiese protegido su fuga, sea que los sublevados hubiesen conservado en medio de sus excesos un resto de veneración hacia su carácter, la verdad es que pudo montar á caballo y tomar el camino de Sotuta, sin que nadie osase detenerle.

Era por aquella época capitán á guerra de aquel distrito D. Tiburcio Cosgaya, hombre dotado de energía y valor, aunque uno de los apuntes que nos sirven de guía le tache de duro y cruel para con la raza conquistada. El padre Ruela, en vez de apearse en el convento, pasó al alojamiento de este jefe y le dió cuenta de los sucesos que acababa de presenciar. Cosgaya se los comunicó inmediatamente al gobernador y capitán general, y probablemente á los demás capitanes á guerra y cabos militares de las poblaciones inmediatas. En seguida mandó disponer cien hombres de los que tenía á sus órdenes; pero no permitiéndole su impaciencia aguardar á que estuviesen terminados los preparativos, se puso al frente de veinte soldados de caballería y partió á escape para Cisteil.

Entretanto, Jacinto hacía esfuerzos inauditos para dar cuerpo á la insurrección nacida en el calor de una orgía. Los sublevados le habían bautizado con el sobrenombre de Canek, sin duda porque, habiendo sido el cacique de Itzá el último príncipe indio que reconoció el dominio español, debía de gozar gran popularidad entre sus compatriotas. Pero Jacinto no se dejó desvanecer con el humo de la lisonja, y comenzó á tomar medidas prontas y enérgicas, porque

adivinó que el asesinato de Pacheco y la fuga de Ruela no tardarían en atraer sobre el pueblo rebelde á los primeros españoles que tuviesen noticia del hecho. Mandó levantar violentamente algunas trincheras, colocó centinelas en los puntos más avanzados para que avisasen la aproximación del enemigo y se puso á dictar cartas y circulares para invitar á otros pueblos de la provincia á tomar parte en la insurrección. Las remitió en seguida con las personas que le inspiraban mayor confianza, y cuando acaso meditaba ya trasladarse á otro sitio más estratégico, porque Cisteil no ofrecía ninguna ventaja para la defensa, vinieron á avisarle que se aproximaban algunas tropas españolas.

No era falso el aviso, porque el capitán Cosgaya se había situado ya á las inmediaciones del pueblo, donde había tenido á bien detenerse, con el objeto sin duda de aguardar á los cien infantes que debían seguirle. Pero el nuevo Canek no quiso darle tiempo para nada, y habiendo visto cuán corto era el número de los españoles, los atacó vigorosamente con los doscientos indios que tenía á sus órdenes. El éxito de una lucha tan desigual no podía ser dudoso. Ya no eran aquellos los tiempos de la conquista, en que un puñado de españoles bastaba para poner en fuga á los ejércitos mayas. Los sublevados de Cisteil tenían consigo armas de fuego, y el desprecio de la vida, que es uno de los caracteres distintivos de la embriaguez, duplicó en la ocasión presente su valor. Cosgaya y diez de sus soldados perecieron en el combate, y los otros diez que se salvaron, gracias á la agilidad de sus caballos, corrieron á difundir el espanto y la alarma en las poblaciones inmediatas. Los cien infantes, que habían ya emprendido su marcha para el pueblo rebelde, regresaron á Sotuta, porque el oficial subalterno que los mandaba no se atrevió á emprender ninguna operación de su cuenta y riesgo, y dió cuenta de todo al gobernador.

La fácil victoria de Jacinto produjo un doble resultado

en su favor. Centenares de indios de las poblaciones y rancherías inmediatas vinieron á ofrecer sus servicios á Cisteil, sea porque espontáneamente se hubiesen movido á tomar parte en la rebelión, sea porque hubiesen recibido las excitativas que habían circulado con anterioridad. Esta afluencia de voluntarios fué tan considerable, que en el espacio de dos ó tres días llegaron á juntarse mil y quinientos, según aseguran las memorias de la época. En cuanto á los primeros sublevados, vieron en Jacinto un héroe digno de los tiempos de Hunac-Eel y de Cocom, y se dice que le proclamaron rey en la única iglesia que tenía el pueblo. También se añade que pusieron sobre sus hombros el manto de una Virgen que había en el altar, y sobre su cabeza la corona de la misma imagen. Pero este último detalle nos parece harto inverosímil; porque los indios, en medio de su embriaguez y de su furor contra la raza conquistada, tenían ya tanta veneración por las estatuas de los santos cristianos, como la que tuvieron en otro tiempo por los dioses mayas. Cualquiera que sea la verdad sobre este incidente pueril, no distrajo á Canek de la necesidad en que se encontraba de defenderse, así para salvar su vida, como para dar tiempo á que se insurreccionasen otras poblaciones. Redobló el número de sus centinelas y aumentó sus fortificaciones hasta colocar una doble trinchera en cada una de las calles por donde podía ser atacado.

Eran ya necesarias todas estas precauciones, porque el enemigo que esperaba comenzaba á moverse con una actividad asombrosa. La noticia del levantamiento de Cisteil y de la derrota de Cosgaya se habían recibido casi simultáneamente en la capital de la Colonia. El gobernador comenzó á dictar medidas prontas y enérgicas para ahogar en su cuna la insurrección. Comunicósele á todos los capitanes á guerra que había en la Península, ordenándoles que levantasen inmediatamente fuerzas, las cuales debían operar según el plan de campaña que adoptó. Púsolas to-

das á las órdenes de D. Cristóbal Calderón de la Helguera, capitán á guerra del partido de Tihosuco, el cual había sido el primero que se puso en movimiento al saber la muerte de Cosgaya. Había dictado ya también algunas disposiciones, y conforme á éstas y á las que dictó después el gobernador, pronto se hallaron en camino para Cisteil las fuerzas siguientes:

Una compañía de infantes y treinta soldados de caballería, que salieron violentamente de Mérida.

250 hombres que se desprendieron de Campeche, al mando del teniente coronel D. Juan Díaz.

400 de la villa de Valladolid, que marcharon á las órdenes del coronel de milicias D. Manuel Rejón.

600 que salieron de las poblaciones de la Sierra, al mando de sus respectivos oficiales.

550 que de Yaxcabá y Sotuta sacó el coronel D. Estanislao del Puerto, y, en fin, todos los que pudo movilizar en Tihosuco el mismo Calderón, á quien desde luego se dió el título de teniente de capitán general.

También se mandaron salir de Tizimín 160 hombres, que pasaron á Valladolid, y de Campeche otros ciento del batallón de Castilla, que vinieron á Mérida.

No fueron de este género las únicas medidas que dictó el gobernador Crespo. También dispuso que los indios de la provincia fuesen despojados de las armas de fuego que poseyeran, y que á ninguno se le vendiese pólvora ni plomo, ni se le permitiera salir de su vecindad sin licencia de la autoridad española. En cuanto á los blancos, mestizos y mulatos que pertenecían á la milicia y carecían de armas, se les mandó que acudieran á proveerse de las escopetas que se fueran recogiendo. Para complemento de estas disposiciones, el gobernador mandó levantar horcas en la plaza principal de Mérida y en las de San Cristóbal, Santa Ana, Santiago, Mejorada y San Juan. Precauciones análogas se adoptaron en otras poblaciones donde se temía